

gridad moral sin cegarse en la claridad deslumbrante de los triunfadores.

Con todo, y siendo muy interesante esta parte final del libro, Chabás ha triunfado plenamente en la exposición de la parte política. El mismo autor cuida de advertirnos en su oportunidad que sólo se trata de apuntes que, desarrollados, darían tema para nuevos volúmenes. En realidad, hay momentos en que se siente la prisa de la información periodística. Naturalmente que en el caso de Chabás se trata de un periodista que sabe sentir, pensar y escribir.

Con tan bellas dotes, y conociendo como conoce la cultura italiana, Chabás nos dará algún día —esperémoslo— el panorama intelectual de esa tierra que todavía no tienen las letras españolas.

EL JUGADOR por *Fedor Dostoyevski*. —*Publicaciones Ate-nea*, Madrid, 1928.

Bella labor hacen las Ediciones *La Nave* al intentar la publicación de las obras completas de Dostoyevski.

El genial ruso, tan maltratado en vida, ha seguido sufriendo tras su muerte el calvario de las abominables ediciones de sus obras truncas, mutiladas, pésimamente traducidas.

En castellano, sobre todo, hemos estado sometidos los lectores al suplicio de la traducción de traducciones que del original ruso pasaban a la traducción alemana, de la traducción alemana a la traducción francesa y de la traducción francesa, que generalmente era buena, a la espantosa traducción española.

¿Por qué se avulgaraban hasta el achabacanamiento en nuestro idioma las producciones del puro escritor eslavo?

Los que han emprendido esta edición de las obras del creador de los Karamazov comprometen la gratitud de los lectores. Buen español, pulcritud editorial, respeto al autor: he ahí las líneas generales de esta edición de Dostoyevski. Señal, también, de respeto al lector que los capitanes de nuestra naciente industria editorial harían bien en imitar.

Obra escrita entre los años 1866 y 1867, fronteriza cronológicamente entre *Crimen y Castigo* y *El Idiota*, *El Jugador* es una autobiografía en que el autor, valientemente, no rehuye el análisis descarnado y cruel de sus propias pasiones.

La fascinación del amor, un amor tácito, tímido, tormentoso —mezcla de piedad y de desesperanza—, sirve de fondo a la pasión avasalladora. El es un hombre débil y desamparado; ella, dominante y misteriosa. Refugiado en casa del viejo general el es sólo un *utchitel*, un ayo. Otro ejemplar de la fauna de los humildes —los humillados y ofendidos—, que Dostoyevski derrama en su obra hercúlea. Alrededor de ella rondan personajes equívocos. Alrededor de Ella y de la herencia de la abuela, que no quiere morir.

¿Qué hará con su amor el *utchitel*, el *utchitel* que, además de su susceptibilidad morbosa, tiene un poder de análisis implacable?

Oigamos algunas de sus reflexiones, de sus anotaciones, de sus frases:

Y los periodistas nada cobran por sus artículos, nacidos de un servilismo desinteresado.

¿Por qué el juego ha de ser peor que muchas otras maneras de hacer dinero: el comercio, por ejemplo?

Lo despreciable para Rothschild es de inmensa importancia para mí, y en cuanto a lucros y ganancias, la gente, así en la ruleta como en cualquier negocio, sólo procura ganarse o exprimirse mutuamente.

Sentía al entrar a esa sala esa codicia, tan inmundada como querais, de la manera más natural y oportuna. ¡Cuánto más agradable resulta la gente cuando, dejándose de ceremonias y cumplidos, obra franca y abiertamente.

El plebeyo deseo de ganar.

Se retiró sonriendo y salvó su dignidad.

El carácter francés es una amalgama del más ordinario, plebeyo y despreciable sentido práctico.

En mi opinión, sólo la gente candorosa e inexperta—singularmente nuestras señoritas rusas—se dejan fascinar por un francés.

Y así, analizando su pasión del juego y dejándose arrastrar por ella, va el jugador comentando el estado social ruso, espaciando su mirada por Europa, sometiendo su voluntad al

imperio del amor, primero, e. incomprensivo e incomprendido, entregado al azar de una aventura imprevista cae, para siempre, triturado en la garra irresistible de la ruleta.

Esta obra es una de las más bellas de Dostoyevski: está en ella toda la patología y toda la fisiología del alma del jugador.

EL AGUILA Y LA SERPIENTE por *Martín Luis Guzmán*.—*M. Aguilar*, Madrid, 1928.

Azuela en *Los de Abajo* y Valle Inclán en *Tirano Banderas* mostraban aspectos diversos de la revolución mexicana.

El maestro de la prosa española hacía de su novela de tierras calientes una mixtura de tragedia y esperpento. El joven escritor mexicano escribía la epopeya del hombre oscuro que un buen día abandonaba a «su vieja» y su «chamaco» y con tres nociones vagas, confusas, mesiánicas—a veces sin ninguna—se enrolaba a la Revolución a las órdenes de un «jefesito».

Muy otro es el caso de Martín Luis Guzmán quien, con una pureza de filólogo, escribe en un castellano transparente sus páginas de las que reboza una íntima congoja patriótica.

¿Qué criatura va a surgir en la forja revolucionaria de México, sangre, dolor y hierro? El autor piensa en Vasconcelos, «el único gran Ministro que ha producido la revolución», dice. Pero, fiera e irrevocable como una sentencia de muerte, Pancho Villa ha pronunciado: «De ese Vasconcelos ya sabía yo que no era más que un intelectual traidor». Y esta frase del guerrillero al autor, a boca de jarro:

Ahorita mero mando que le preparen el gabinete que ocupaba Luisito, porque usé va a ser mi secretario en lo sucesivo. ¿O tiene algún obstáculo? *Hábleme como los hombres.*

Palabras horribles en boca de Pancho Villa.

El autor forma en las filas de los intelectuales de la Revolución.